

Bernardo Kucinski

LAS TRES MUERTES DE K.



INTERZONA

Bernardo Kucinski

LAS TRES MUERTES DE K.



INTERZONA

Rayo verde
editorial

INTERZONA

Rayo verde
editorial

Kucinski, Bernardo

La tres muertes de K. / Bernardo Kucinski ; ilustrado por Enio Squeff. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2015.

188 p. : il. ; 21x13 cm.

Traducido por: Teresa Matarranz

ISBN 978-987-3874-08-6

1. Narrativa Brasileira. 2. Cuentos. I. Squeff, Enio, illus. II. Matarranz, Teresa, trad. III. Título
CDD B869.3

- © Bernardo Kucinski, 2010
- © Ilustraciones, Enio Squeff
- © Traducción, Teresa Matarranz
- © Rayo verde editorial, 2013
en coedición con
- © interZona editora, 2015
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Título original: *K.*

Coordinación editorial: Brenda Wainer

Ilustraciones de interior y tapa: Enio Squeff

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Coposición de tapa: Brenda Wainer

Corrección: Agustina Pulfer

ISBN 978-987-3874-08-6

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*A las amigas, que la han perdido.
De repente,
un universo de afectos se deshizo.*

*Mi agradecimiento a quienes me han
ayudado con críticas y sugerencias:
Avraham Milgram; Bernardo Zeltzer;
Carlos Knapp, Flamarion Maués,
Flávio Aguiar, Venício Lima y Zilda
Junqueira; especialmente a Dina Lida
Kinoshita por su ayuda con el yiddish
y el mapa de las calles de Varsovia y
a Cláudio Cerri por su ayuda en el
monólogo de los desamparados; a mi
mujer Mutsuko por todo.*

*Le cuento lo que yo sé y usted no sabe; pero
sobre todo quiero contar lo que yo no sé si sé,
y que puede ser que usted sepa.*

Guimarães Rosa, *Grande Sertão: Veredas*

*No es el dolor de ya no poder creer
El que me oprime, ni el de no saberlo,
Sino solo [y más] completamente el horror
De haber visto el misterio frente a frente,
De haberlo visto todo y comprendido en toda
Su infinitud de misterio.*

Fernando Pessoa, "El misterio del mundo"

*Enciendo la historia,
me apago yo.
Al final de estos escritos, seré
de nuevo una sombra sin voz.*

Mia Couto, *Tierra sonámbula*

LAS CARTAS A LA DESTINATARIA INEXISTENTE

De vez en cuando, el correo entrega en mi antigua dirección una carta del banco destinada a ella; siempre la oferta seductora de un producto o servicio financiero. La más reciente presentaba una nueva tarjeta de crédito, válida en todos los continentes, ideal para reservar hoteles y billetes de avión; todo lo que ella hoy merecería, si su vida no hubiera sido interrumpida. Basta firmar y devolver en el sobre ya timbrado, decía esta última carta.

Siempre me emociono cuando veo su nombre en el sobre. Y me pregunto: ¿cómo es posible que envíen cartas a quien no existe desde hace más de tres décadas? Sé que no hay mala fe. El correo y el banco ignoran que la destinataria ya no existe; el remitente no se esconde, al contrario, se revela orgulloso en vistoso logotipo. Es la síntesis del sistema, el banco, de la solidez fingida en mármol; el banco que no trata con rostros y personas, sino con listas informatizadas.

La destinataria jamás aceptará la propuesta, incluso aunque no le cobren la anualidad, incluso pudiendo acumular puntos o millas y usar salas vip en los aeropuertos, todo eso que tendría y no tendrá, todo eso que casi no existía cuando existía ella y que le ofrecen ahora que ya no existe; inventario de pérdidas de la pérdida de una vida.

Es como si las cartas tuvieran la intención oculta de impedir que su memoria descansa en nuestra memoria; como si, además de habernos negado la terapia del luto, al suprimir su cuerpo muerto, el cartero fuera un *dybbuk*¹, su alma en desasosiego apuntándonos culpas

¹ En la mitología judía el *dybbuk* es el alma insatisfecha que se adhiere a una persona, generalmente para atormentarla. La palabra viene del hebreo *devek*, que significa adhesión.

y omisiones. Como si más allá de la muerte innecesaria quisieran estropear la vida necesaria, esa que no cesa y que nos demandan los hijos y los nietos.

¿Por qué mi antigua dirección? Imagino que en uno de aquellos momentos inciertos de fugas y disimulos, de esquinas dobladas corriendo, le dio al banco mi dirección para no tener que dar otras direcciones, verdaderas pero prohibidas; me he imaginado en qué etapa de la tragedia en gestación sucedió eso, qué otra dirección poseía ella entonces, o qué otras direcciones en plural, pues, como descubrí después, eran muchas, pensando que con eso engañaría al destino.

De hecho, no eran hogares, lugares donde criar a los hijos y recibir a los amigos; eran antimoradas, catacumbas donde ocultarse durante meses, como los cristianos en Roma, o solo semanas o días, hasta que alguien caía y comenzaban de nuevo las escapadas, la búsqueda frenética de un nuevo escondrijo.

Por eso ella habría proporcionado no la dirección de su catacumba del momento, sino la de la casa donde yo, mi mujer y mis hijos hemos vivido durante treinta y tres años; donde hoy vive mi hijo mayor y mi nieto, donde tengo mi despacho, mi mujer tiene su huerto y su taller y mi nieto tiene sus dos perros y sus juguetes.

Solo entonces me di cuenta de que si hubiera vendido esta casa, como tantas veces pensé hacer, habría perdido las referencias de la mitad de mi vida. Solo entonces comprendí al hijo mayor que dijo no, esta casa no se puede vender nunca. Para él, esta casa es el sitio de la totalidad de sus recuerdos.

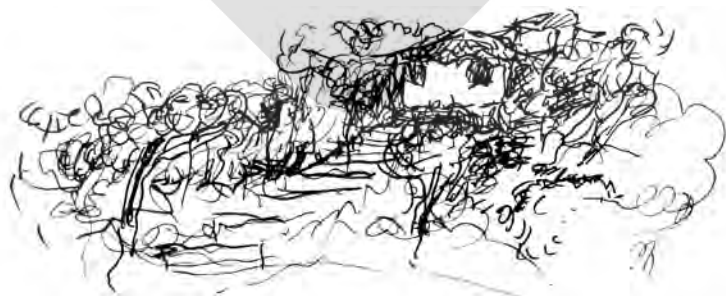
Pero no fue eso lo que pasó. Esta casa ella no la conoció nunca. Conté el tiempo y descubrí que ya habían transcurrido seis años desde su desaparición, cuando compramos la destartalada casa de viejos inmigrantes portugueses. No, ella nunca conoció nuestra casa. Nunca subió los escalones empinados. Nunca conoció a mis hijos. Nunca pudo ser la tía de sus sobrinos. Siempre he lamentado especialmente esa consecuencia de todo lo que pasó.

Si ella no tenía esta dirección, ¿quién se la dio al sistema? Misterio.

¿Cómo se habría pegado su nombre a mi dirección, en esa nebulosa de internet, en la que nada se olvida? Lo más probable es que yo mismo haya asociado nombre y dirección; ¿Habría sido cuando pedí la declaración de ausencia? ¿Habría sido cuando le pedí al abogado que tramitara la herencia? ¿Habría sido cuando le exigí a la universidad la revocación del acto innoble de su expulsión por abandono de funciones? Nunca sabré cuándo sucedió. Sé que las cartas a la destinataria ausente continuarán llegando.

El cartero nunca sabrá que la destinataria no existe; que ha sido secuestrada, torturada y asesinada por la dictadura militar. Así como lo ignorarán, antes que él, el separador de las cartas y todos los de su entorno. El nombre en el sobre sellado y timbrado, como para atestiguar autenticidad, será el registro tipográfico no de un lapsus o fallo en el ordenador, sino de un mal de Alzheimer nacional. Sí, la permanencia de su nombre en la lista de los vivos será, paradójicamente, producto del olvido colectivo de la lista de los muertos.

São Paulo, 31 de diciembre de 2010.



SUMIDERO DE PERSONAS

La tragedia ya había avanzado inexorable cuando, aquella mañana de domingo, K. sintió por primera vez la angustia que en seguida le invadiría por completo. Hacía diez días que la hija no telefoneaba. Después, él echaría la culpa a la ausencia de ritos de familia, más necesarios todavía en tiempos difíciles, la llamada telefónica diaria, la comida de los domingos. La hija no se avenía con su segunda mujer.

¿Y cómo no se dio cuenta del tumulto de los nuevos tiempos, él, experimentado en política? ¿Quién sabe si hubiera sido diferente si, en lugar de los amigos escritores en yiddish, esa lengua muerta que solo unos pocos viejos hablan todavía, hubiera prestado más atención a lo que pasaba en el país en aquel momento? ¿Quién sabe? ¿Qué importa el yiddish²? Nada. Una lengua-cadáver, eso sí, que plañían en esas reuniones semanales, en vez de cuidar de los vivos.

Asociaba el domingo a la hija desde la época en que le traía regalos porque era día de feria. De repente, recordó rumores de la víspera en el barrio de Bom Retiro; dos estudiantes judíos de medicina habrían desaparecido, uno de ellos, se decía, de familia rica. Cosas de la política, habían dicho, de la dictadura, no tenía nada que ver con el antisemitismo. También habían desaparecido otros, no judíos, por eso la Federación había decidido no involucrarse. Este era el runrún, quizá ni fuera verdad; pues no decían quiénes eran los chicos.

² El yiddish es la lengua que hablan los judíos de Europa Oriental. Tuvo su apogeo a principios del siglo xx, cuando se consolidó su literatura; sufrió un declive rápido a causa del Holocausto y de la adopción del hebreo por parte de los fundadores del Estado de Israel.

Fue el rumor lo que le inquietó, no el domingo. Pasó el día marcando el número de teléfono que la hija le había dado para una urgencia, pero el tono resonaba solitario. Sin respuesta, ni a la una de la madrugada, cuando ella debería estar de vuelta incluso aunque hubiera ido al cine, que tanto le gustaba; decidió buscarla al día siguiente en la universidad.

Aquella noche soñó que era niño, los cosacos invadían la zapatería del padre para que les cosiera las polainas de las botas. Despertó pronto, sobresaltado. Los cosacos, recordó, habían llegado justo en el *Tisha b'Av*³, el día de todas las desgracias del pueblo judío, el día de la destrucción del primer templo y del segundo, y también el de la expulsión de España.

Sin saber qué temer, pero temiendo ya, y sin despertar a su mujer, sacó el Austin del garaje y condujo rumbo al campus de la universidad, distante en la planicie, al otro lado del enmarañado de rascacielos. Conducía despacio, demorándose al cruzar el centro, como si no quisiera llegar nunca; los sentimientos se alternaban entre la certidumbre de encontrarla trabajando con normalidad y el miedo a lo contrario. Por fin, llegó a la Facultad de Química, donde había estado solo una vez, hacía años, cuando la hija había defendido su tesis doctoral ante un grupo de profesores de semblantes severos, algunos formados todavía en Alemania.

No ha venido hoy, le dijeron las amigas. Vacilantes, se miraban de reojo unas a otras. Después, como si temieran la indiscreción de las paredes, llevaron a K. a conversar al jardín. Entonces le explicaron que hacía once días que no aparecía. Sí, seguro, once días, contando un fin de semana. Ella, que nunca había dejado de dar una sola clase. Hablaban en susurros, sin acabar las frases, como si cada palabra escondiera otras mil de sentidos prohibidos.

Insatisfecho, agitado, K. quería escuchar a más personas, ¿quién sabe si los superiores tenían más información? Si hubiera tenido un

³ Literalmente, el noveno día del mes de Av del calendario judío, considerado maldito.

accidente y estuviera hospitalizada, seguro que habrían contactado con la universidad. Las amigas se alarmaron. No haga eso. De momento, no. Para disuadirlo, bajaron la voz, puede que esté de viaje, que se haya alejado unos días por precaución. Unos desconocidos estuvieron preguntando por ella, ¿sabe? Hay gente extraña en el campus. Anotan las matrículas de los coches. Ellos están en el rectorado. ¿Ellos quiénes? No supieron responder.

Persuadido a no recurrir a las autoridades universitarias, K. se dirigió angustiado desde el campus hasta un número de la calle Padre Chico, que la hija le había dado hacía tiempo, con la recomendación de buscarla en esa dirección solo si pasaba algo muy grave y ella no contestaba el teléfono. Era absurdo que él no hubiera cuestionado eso de solo visitarla si se trataba de algo grave, de telefonar exclusivamente en caso de urgencia. ¿Dónde tenía la cabeza, Dios mío?

Era una casa adosada, que daba directamente a la calle, oprimida entre una decena del mismo tipo. Junto a la puerta, folletos y periódicos polvorientos denunciaban la ausencia prolongada de los habitantes. Nadie atendió sus llamadas inquisitivas al timbre.

Listo, la tragedia se había instalado. ¿Qué hacer? Los dos hijos, lejos, en el exterior. La segunda esposa, una inútil. Las amigas de la universidad, aterrorizadas. El viejo se sintió abatido. El cuerpo débil, vacío, como si fuera a desmoronarse. La mente en estado de estupor. De repente, todo perdía sentido. Solo un hecho se imponía, cancelando lo que no formaba parte de él; convirtiendo en obsoleto todo lo demás. El hecho concreto de que su querida hija había desaparecido hacía once días, tal vez más. Se sintió muy solo.

Pasó a hacer una lista de posibilidades. Quién sabe si un accidente o una enfermedad grave que ella no quería revelar. La peor era la detención por los servicios secretos. El Estado no tiene rostro ni sentimientos, es opaco y perverso. Su única rendija es la corrupción, pero a veces incluso esta se cierra por razones superiores. Y entonces el Estado se vuelve maligno doblemente, por la crueldad y por ser inalcanzable. Eso él lo sabía muy bien.

K. rememoró escenas recientes, el nerviosismo de la hija, sus evasivas, eso de llegar corriendo y salir corriendo, de la dirección solo en último caso y con la recomendación de no dársela a nadie. Aturdido, se dio cuenta de la magnitud del autoengaño en que había vivido, iludido por su propia hija, tal vez envuelta en aventuras peligrosísimas sin que él sospechara, distraído como estaba por la devoción al yiddish, por el encanto fácil de las sesiones literarias.

Ah, el error había sido casarse con aquella judía alemana solo porque sabía guisar unas patatas. Malditos los amigos que lo convencieron para que se casara de nuevo. Malditos sean todos. Él, que nunca blasfemaba, que aceptaba tolerante a las personas tal como eran, se vio descontrolado, maldiciendo. Presintió lo peor.

Por teléfono, el amigo escritor, también abogado, le aconsejó poner una denuncia en la Comisaría de Desaparecidos, aunque le advirtió que no le serviría de nada, era una obligación formal como padre. Le dictó la dirección, en la calle Brigadeiro Tobias, sede central de la policía. K. le preguntó si había oído hablar de la desaparición de dos alumnos judíos de medicina. Sí. Era verdad. Ya lo había buscado una de las familias. ¿Y qué iba a hacer? Nada. En las detenciones por motivos políticos, los tribunales tenían prohibido aceptar peticiones de hábeas corpus. No hay nada que un abogado pueda hacer. Nada. Esta es la situación.

En la policía hicieron al viejo pocas preguntas. La mayoría de los desaparecidos eran adolescentes que huían de padres borrachos y padrastros que les pegaban. K. explicó que la hija era profesora en la universidad con el grado de doctora, era independiente y vivía sola. Tenía su propio coche; ¿no sería algún asunto político?

No quiso abrirse con el comisario, apenas lo insinuó. Por eso tampoco le dio la dirección de la calle Padre Chico, dio la suya como si fuera la de ella y la de la tienda como si fuera la suya. Sin darse cuenta, K. retomaba hábitos adormecidos de la juventud conspiratoria en Polonia. Al comisario de guardia no le gustó la conversación. En asuntos políticos tenía prohibido meterse. Pero, compadecido, registró la denuncia. Le aconsejó esperar y no hablar más de política.

¿Buscar? No, la policía tenía más cosas que hacer; una profesora universitaria, de poco más de treinta años, adulta y vacunada. Que esperara, llegaría una circular con la fotografía a todas las comisarías. Si no le avisaban en cinco días, podía intentar en el Instituto Médico Legal, donde llevaban cuerpos no identificados de víctimas de atropellos y otros accidentes. Dijo eso incómodo.

Así comenzó la odisea del viejo padre, cada día más afligido, peor dormido. El vigésimo día, después de otra incursión inútil en el campus y en la casa de la calle Padre Chico, recurrió a los amigos del círculo literario; a los mismos que por descontrol había maldecido. Quizá conocían a alguien que conocía a alguien más, en la Policía, en el Ejército, en el Servicio Nacional de Información, en cualquier sitio dentro de aquel sistema que se tragaba a las personas sin dejar rastro. Con excepción del abogado, eran todos unos pobretones que no conocían a nadie importante. El abogado mencionó vagamente a un líder de la comunidad de Río que tenía acceso a los generales. Intentaría saber más.

K. pasó a contabilizar la duración de la ausencia de la hija, otro precepto de los tiempos de juventud. Y no pasaba día sin que intentara algo por la hija. Ya no hacía otra cosa. Para dormir, empezó a tomar somníferos. Cuando se cumplieron veinticinco días, se armó de valor y fue al Instituto Médico Legal.

Habló de la inexplicable ausencia de la hija, sin hablar de política. Mostró su foto de licenciatura, solemne. Después mostró otra, diferente, ella delgada y de mirada sufrida. No, los empleados no asociaban aquel rostro a ninguno de los pocos cadáveres femeninos recientes, todos negros o mulatos. Casi todos, indigentes. A decir verdad, debe de hacer más de diez años que no llega aquí un cuerpo no identificado de mujer blanca. K. salió aliviado; continuaba la esperanza de encontrarla viva. Pero las fotografías del álbum de los indigentes y desconocidos lo deprimieron. Ni en la época de la guerra en Polonia había visto rostros tan maltratados ni ojos tan desorbitados por el miedo.

Fue entonces cuando, obcecado, pasó a abordar a los clientes que venían a pagar las letras a la tienda, a los vecinos de la avenida e incluso a desconocidos. A todos les contaba la historia de la hija. Y su coche, un escarabajo, también ha desaparecido, recalaba. La mayoría escuchaba en silencio hasta el final, después le daban eventualmente una palmadita en la espalda encorvada y le decían: lo siento mucho. Algunos pocos le interrumpían ya desde el inicio, alegando cita para el médico, o un pretexto parecido, como si escuchar ya los pusiera en peligro.

El trigésimo día de la desaparición de la hija, K. leyó en el periódico *O Estado de S. Paulo* una noticia que se refería, aunque de modo discreto, a los desaparecidos políticos. El arzobispo había convocado una reunión con familiares de desaparecidos políticos.

Estaba escrito así mismo: “Familiares de desaparecidos políticos”.

K. nunca había entrado en un templo católico, era tal la extrañeza que le provocaba la penumbra silenciosa de las iglesias y las imágenes de los santos, que vislumbraba entre los vanos de las puertas. Sentía por el catolicismo una repulsa atávica, a la que se sumaba el desprecio por todas las prácticas religiosas, incluida la de su propio pueblo. De hecho, no eran las personas y sus creencias las que no le gustaban, eran los sacerdotes, fueran curas, rabinos u obispos; los tenía por hipócritas. Pero, aquella tarde, nada de eso importaba. Una autoridad importante, un arzobispo, iba a hablar sobre las extrañas desapariciones.

Al entrar en el salón central de la curia metropolitana, K. sintió cuánto le había cambiado la desaparición de su hija. Contempló con simpatía la imagen barroca de la Virgen María situada en el zaguán y otras de santos que desconocía, colocadas en las esquinas. Cuando llegó, la reunión ya había comenzado. Había sesenta personas o más en las sillas, bastante más numerosas, dispuestas en el salón. Cuatro señores sentados que parecían abogados coordinaban el encuentro, sentados en forma de media luna frente al público; una monja escribía en un gran cuaderno.

Hablaba una señora de edad avanzada, que tal vez pasaba de los noventa, delgada, menuda, con las gafas en la punta de la nariz y el

cabello blanco: su marido volvía del exilio por Uruguaiana, llegó hasta el punto de encuentro preestablecido, del lado brasileño de la frontera, y desapareció por completo, sin dejar rastro, como si se hubiera evaporado o unos ángeles lo hubieran alzado hasta el cielo. Uno de los hijos intentó rastrear sus pasos, fue a todos los hospitales, comisarías, estaciones de autobuses de Uruguaiana y nada, ninguna señal. El hijo, a su lado, corroboraba el relato.

Después habló otra señora, de unos cincuenta años, que se presentó como esposa de un ex diputado federal. Dos policías se habían presentado en su casa y pidieron al marido que los acompañara a la comisaría para prestar declaración. Él fue tranquilo pues, aunque su mandato de diputado había sido invalidado por los militares, hacía vida normal, tenía un bufete de abogados. Desde entonces, hacía ocho meses, no lo habían vuelto a ver. En la comisaría dijeron que se quedó apenas quince minutos y salió en libertad. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía haber desaparecido por completo? A esa señora, muy elegante, la acompañaban cuatro de sus hijos.

Más relatos de desapariciones; todos querían hablar. Y querían escuchar. Querían entender. Tal vez del conjunto de casos surgiera una explicación, una lógica, principalmente una solución, una manera de poner fin a la pesadilla. Una joven de no más de veinte años pidió hablar en nombre de un grupo sentado a su alrededor, “familiares de los desaparecidos de Araguaia”, dijo. K., por primera vez, oía a alguien hablar de Araguaia; supo que muchos muchachos y algunas chicas habían sido detenidos por las fuerzas armadas en medio de la selva amazónica y ejecutados allí mismo.

Lo que traía a aquel grupo a la reunión era algo insólito. El ejército alegaba que nada de eso había sucedido, a pesar de que uno de los presos, solo uno, había escapado y había sido testigo de todo. Los familiares querían enterrar a sus muertos –que ellos ya sabían muertos–, más de cincuenta, decían. Sabían incluso la región aproximada donde fueron ejecutados, pero los militares insistían en que no había ningún cuerpo para entregar.

Un muchacho se reunió con su esposa en el centro comercial Conjunto Nacional para comer juntos, y no habían sido vistos nunca más. Mientras hablaba, la madre del chico mostraba a los vecinos de asiento las fotos del hijo, de la nuera y del nieto. Un señor se levantó, dijo que había venido de Goiânia expresamente para la reunión. Sus dos hijos, uno de veinte años y otro de apenas dieciséis, fueron desaparecidos. Fue el primero en usar la expresión “fueron desaparecidos”. También traía fotos de los hijos. Después de él, K. se armó de valor y contó su historia.



Ya había caído la noche y los relatos proseguían. Variaban escenarios, detalles, circunstancias, pero los veintidós casos computados en aquella reunión tenían una característica común asombrosa: las personas desaparecían sin dejar rastro. Era como si se volatilizaran. Lo mismo que los jóvenes de Araguaia, aunque estos ya se sabía que estaban muertos. La monja anotaba caso por caso. También recogía las fotos traídas por los familiares.

K. lo oía todo, espantado. Hasta los nazis, que habían reducido a sus víctimas a cenizas, llevaban un registro de los muertos. Cada uno tenía un número, tatuado en el brazo. A cada muerte, anotaban la baja en un libro. Es verdad que en los primeros días de la invasión hubo carnicerías y después también. Ponían en fila a todos los judíos de una aldea junto a una valla, los fusilaban, echaban cal encima, después tierra y listo. Pero los *goyim*⁴ de cada lugar sabían que los judíos estaban enterrados en aquel agujero, sabían cuántos eran y quién era cada uno. No existía la agonía de la incertidumbre. Eran ejecuciones en masa, no un sumidero de personas.

⁴ Plural de persona no judía; el singular es *goy*.

ÍNDICE

LAS CARTAS A LA DESTINATARIA INEXISTENTE	13
SUMIDERO DE PERSONAS	17
LA CAÍDA DEL ENLACE	27
LOS CONFIDENTES	31
LAS PRIMERAS GAFAS	39
EL MATRIMONIO CLANDESTINO	43
CARTA A UNA AMIGA	49
LIBROS Y REVOLUCIÓN	53
PEREGRINACIÓN	57
LA PERRA	63
AQUEL DÍA LA TIERRA SE PARÓ	67
GUERRA PSICOLÓGICA	69
LA MATZEIVA	77
LOS DESAMPARADOS	83
INMUNIDADES, UNA PARADOJA	87
DOS INFORMES	91
UNA PESADILLA	95
PASIÓN, COMPASIÓN	99
UN INVENTARIO DE RECUERDOS	111
LA TERAPIA	117
DEJARSE DE LITERATURA	129
EL LIBRO DE LA VIDA MILITAR	133
LOS EXTORSIONADORES	139
LA REUNIÓN DEL CLAUSTRO	145

LAS CALLES Y LOS NOMBRES	153
SUPERVIVIENTES, UNA REFLEXIÓN	159
ENCUENTRO EN EL CUARTEL	163
MENSAJE A UN COMPAÑERO	169
POST SCRÍPTUM	175



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA